

PAUL LAFARGUE

El derecho a la pereza

Refutación del derecho al trabajo de 1848

Traducción y notas de Jesús Jurado Anaya

I. Un dogma desastroso

*“Seamos holgazanes en todas las cosas,
excepto amando y bebiendo,
excepto holgazaneando.”*

Lessing

Una extraña locura domina a las clases obreras de las naciones donde reina la civilización capitalista. Esta locura arrastra a la continuación de las miserias individuales y sociales que, desde hace siglos, torturan a la triste humanidad. Esta locura es el amor al trabajo, la pasión moribunda hacia el trabajo, llevada hasta el agotamiento de las fuerzas vitales del individuo y de su progenie. En lugar de reaccionar contra esta aberración mental, los sacerdotes, los economistas, los moralistas, han sacro-santificado el trabajo. Hombres ciegos y limitados, han querido ser más sensatos que su Dios; hombres débiles y despreciables, han querido rehabilitar lo que su Dios había maldecido. Yo, que no profeso el ser cristiano, ecónomo y moral, apelo a su juicio y al de su Dios: sus predicaciones de su moral religiosa, económica, libre pensadora, a las espantosas consecuencias del trabajo en la sociedad capitalista.

En la sociedad capitalista, el trabajo es la causa de toda degeneración intelectual, de toda deformación orgánica. Comparad el purasangre de los establos de Rothschild, atendido por una servidumbre de *bimanes*, con el pesado animal de las granjas normandas, que trabaja la tierra, acarrea el estiércol, almacena la siega. Mirad el noble salvaje que los misioneros del comercio y los comerciantes de la religión no han corrompido todavía con el cristianismo, la sífilis y el dogma del trabajo, y mirad después nuestros miserables servidores de máquinas.

Cuando, en nuestra civilizada Europa, se quiere reencontrar una huella de la belleza nativa del hombre, es necesario el ir a buscar en las naciones donde los prejuicios económicos no han arrancado todavía el odio al trabajo. España, que, ¡desgraciadamente!, degenera, puede todavía jactarse de poseer menos fábricas, prisiones y cuarteles que nosotros; pero el artista disfruta admirando al audaz andaluz, moreno como las castañas, derecho y flexible como una varilla de acero; y el corazón del hombre se estremece escuchando al mendigo, soberbiamente cubierto con su “capa” agujereada, tratar de “amigo” a los duques de Osuna. Para el español, en el que el animal primitivo no está atrofiado, el trabajo es la peor de las esclavitudes. Los griegos de la gran época, ellos también, no tenían más que desprecio por el trabajo: sólo a los esclavos les estaba permitido trabajar: el hombre libre no conocía más que los ejercicios corporales y los juegos de inteligencia. Este era también el tiempo en el que se andaba y respiraba en un pueblo de Aristóteles, de Fidias, de Aristófanes; era el tiempo en el que un puñado de valientes aplastaba en Maratón a las hordas del Asia que Alejandro iba pronto a conquistar. Los filósofos de la Antigüedad enseñaban el desprecio al trabajo, esta degradación del hombre libre; los poetas cantaban a la pereza, este regalo de los Dioses:

O Melibæ, Deus nobis hæc otia fecit [Oh, Melibas, Dios nos regala estas ociosidades]

Cristo, en su sermón de la montaña, predica la pereza:

Contemplad el crecimiento de los lirios de los campos, ellos no trabajan ni tejen, y sin embargo, yo os lo digo, Salomón, en toda su gloria, no estuvo nunca más brillantemente vestido

Yahvé, el dios barbudo y áspero, da a sus fieles el supremo ejemplo de la pereza ideal; después de seis días de trabajo, el descansa para toda la eternidad.

Por el contrario, ¿cuáles son las razas para las que el trabajo es una necesidad orgánica? Los Auvernos [pueblo bárbaro de origen celta que habitaba en la Galia]; los Escotos, esos auvernos de las islas británicas; los Gallegos, esos auvernos de España; los Pomeranios, esos auvernos de Alemania; los Chinos, esos auvernos de Asia. En nuestra sociedad, ¿cuáles son las clases que aman el trabajo por el trabajo? Los campesinos propietarios, los pequeños burgueses, los unos inclinados sobre sus tierras, los otros ligados a sus tiendas, se remueven como el topo en su galería subterránea, y nunca se incorporan para ver ociosamente la naturaleza.

Y sin embargo, el proletariado, la gran clase que abraza a todos los productores de las naciones civilizadas, la clase que, liberándose, liberará a la humanidad del trabajo servil y hará del animal humano un ser libre, el proletariado traiciona sus instintos, infravalorando su misión histórica, se deja pervertir por el dogma del trabajo. Duro y terrible ha sido su castigo. Todas las miserias individuales y sociales ha nacido de su pasión por el trabajo.

II. Bendiciones del trabajo

En 1770 aparece, en Londres, un escrito anónimo titulado: *An Essay on Trade and Commerce*. Esto provocó un seguro revuelo en la época. Su autor, gran filántropo, se indignaba de que:

“la plebe manufacturera de Inglaterra se había puesto en la cabeza la idea fija de que en calidad de ingleses, todos los individuos que la componen tienen, por derecho de nacimiento, el privilegio de ser más libres e independientes que los obreros de cualquier otro país de Europa. Esta idea puede tener su utilidad para los soldados puesto que estimula la bravura: pero no tanto para los obreros de las manufacturas que están imbuidos de ella, mejor vale esto para ellos mismos y el Estado. Los obreros no deberían jamás tenerse por independientes de sus superiores. Es extremadamente peligroso fomentar semejante ilusión en un Estado comercial como el nuestro, donde, quizás, las siete octavas partes no tienen más que pocas o ninguna propiedad. La solución no estará completada mientras que nuestros pobres de la industria no se resignen a trabajar seis días por la misma suma que ganan ahora en cuatro”

De este modo, cerca de un siglo después de Guizot, se predicaba abiertamente en Londres el trabajo como un freno a las nobles pasiones del hombre.

“Cuanta más gente trabaje, menos vicios habrá, escribía desde Osterode, el 5 de mayo de 1807, Napoleón. Yo soy la autoridad [...] y yo estaré dispuesto a ordenar que el domingo, tras la hora de los oficios, las tiendas se abran y los obreros vuelvan a su trabajo.”

Para extirpar la pereza y doblegar los sentimientos de orgullo e independencia que ella engendra, el autor del *Essay on Trade* proponía encerrar a los pobres en las casas ideales del trabajo (*ideal workhouses*) que se convertirían en “las casas de terror donde se les

haría trabajar catorce horas al día, de tal manera que, restando los tiempos de las comidas, quedarían doce horas plenas y enteras de trabajo.”

Doce horas de trabajo al día, este es el ideal de los filántropos y moralistas del siglo XVIII. ¡Nosotros hemos desbordado este *nec plus ultra*! Los talleres modernos se han convertido en las casas ideales de corrección donde se encierra a las masas obreras, donde se les condena a los trabajos forzados durante doce y catorce horas, no solamente los hombres, ¡sino también las mujeres y niños! Y decir que los hijos de los héroes del Terror se han dejado vencer por la religión del trabajo hasta el punto de aceptar en 1848, como una conquista revolucionaria, la ley que limita a doce horas el trabajo en las fábricas; proclamaban como un principio revolucionario el *derecho al trabajo*. ¡Debe darle vergüenza al proletariado francés! Sólo los esclavos han sido capaces de tal baja. Un griego de los tiempos heroicos necesitaría veinte años de civilización capitalista para concebir tal envilecimiento.

Y si los dolores del trabajo forzado, si las torturas del hambre se han abatido sobre el proletariado, más numerosas que las plagas de la Biblia, esto es lo que lo ha provocado.

Este trabajo, que en junio de 1848 los obreros reclamaban con las armas en la mano, se lo han impuesto a sus familias; han entregado a los barones de la industria a sus mujeres y sus hijos. Con sus propias manos han demolido su hogar doméstico, con sus propias manos han agotado la leche de sus mujeres; las infelices, embarazadas y amamantando a sus bebés, han debido ir a las minas y las fábricas, doblar el espinazo y agotar sus nervios; con sus propias manos han destrozado la vida y el vigor de sus hijos. ¡Vergüenza debería darle a los proletarios! ¿Dónde están esas comadres de las que nos hablan nuestras fábulas y nuestros viejos cuentos, audaces en la palabra, de lengua sincera, amantes de la divina botella? ¿Dónde están esas vividoras, siempre trotando, siempre cocinando, siempre cantando, siempre sembrando la vida y engendrando la alegría, alumbrando sin dolores a pequeños sanos y vigorosos? ...¡Nosotros tenemos hoy a chicas y mujeres de fábrica, enclenques flores con pálidos colores, con sangre sin vigor, con el estómago arruinado, con los miembros lánguidos!... ¡Ellas no han conocido jamás el placer robusto y no sabrían contar atrevidamente cómo se les rompe la concha! ¿Y los niños? ¡Doce horas de trabajo para los niños! ¡Oh miseria! Pero todos los Jules Simon de la Academia de ciencias morales y políticas, todos los Germinys de los jesuitas, no habrían inventado un vicio más embrutecedor para la inteligencia de los niños, más corruptor de sus instintos, más destructor de su organismo que el trabajo en la atmósfera viciada del taller capitalista.

Nuestra época es, se dice, el siglo del trabajo; ella es en efecto el siglo del dolor, de la miseria y de la corrupción.

Y sin embargo, los filósofos, los economistas burgueses, desde el apenas confuso Auguste Comte hasta el ridículamente claro Leroy-Beaulieu; la gente de letras burguesa, desde el charlatanamente romántico Victor Hugo hasta el ingenuamente grotesco Paul de Kock, todos han entonado los cantos nauseabundos en honor del dios Progreso, el hijo mayor del Trabajo. A su entender, la felicidad iba a reinar sobre la tierra: ya se sentía su venida. Ellos iban a registrar en los siglos pasados el polvo y la miseria feudales para volver a traer los oscuros contrapuntos a las delicias de los tiempos presentes. Nos han cansado, estos hartos, estos satisfechos, antes miembros de la servidumbre de los grandes señores, hoy “mozos de pluma” de la burguesía, suciamente mantenidos; nos han cansado con el campesino del retórico La Bruyère? ¡Muy bien! He aquí el brillante cuadro de los gozos del proletariado en el año del progreso capitalista 1840, pintado por uno de ellos, por el Dr. Villermé, miembro del Instituto, el mismo que, en 1848, formó parte de esta sociedad de sabios (Thiers, Cousin, Passy, Blanqui, eran de la Academia) que propagó en las masas las tonterías de la economía y la moral burguesas.

Es de la Alsacia manufacturera de la que habla el Dr. Villermé, de la Alsacia de los Kestner, de los Dollfus, estas flores de la filantropía y del republicanismo industrial. Pero

antes de que el doctor erigiese ante nosotros el cuadro de las miserias del proletariado, escuchemos a un obrero alsaciano, M. Th. Mieg, de la casa Dollfus, Mieg et Cie, describiendo la situación del artesano de la antigua industria:

“En Mulhouse, hace cincuenta años (en 1813, mientras que nacía la moderna industria), los obreros eran todos hijos del sol, viviendo en la ciudad y los pueblos de alrededor y poseyendo casi todos una casa y a veces un pequeño campo”

Esta era la edad de oro del trabajador. Pero, entonces, la industria alsaciana no inundaba el mundo de sus cotonadas y no hacía millonarios a sus Dollfus y sus Koechlin. Mas veinticinco años después, cuando Villermé visita Alsacia, el minotauro moderno, el taller capitalista, había conquistado el país; en su hambre de trabajo humano, había arrancado a los obreros de sus hogares para retorcerles y exprimir mejor el trabajo que ellos contenían. Los obreros acudían por millares al silbido de la máquina.

Un gran número, dice Villermé, cinco mil de diecisiete mil, eran obligados, por el alto precio de los alquileres, a alojarse en los pueblos vecinos. Algunos habitaban a dos leguas y cuarto de la fábrica donde trabajaban.

“En Mulhouse, en Dornach, el trabajo comenzaba a las cinco de la mañana y terminaba a las cinco de la tarde, tanto en verano como en invierno. [...] Hay que verles llegar cada mañana a la ciudad y partir cada tarde. Hay entre ellos una multitud de mujeres pálidas, delgadas, moviendo los pies desnudos por medio del barro y quienes no tienen paraguas, llevan, volcados sobre la cabeza, cuando llueve o cuando nieva, sus delantales o enaguas en lo alto para proteger su figura y su cuello, y un número considerable de niños pequeños, no menos sucios, no menos macilentos, cubiertos de andrajos, todos llenos del aceite de las máquinas que cae sobre ellos mientras trabajan. Estos últimos, mejor protegidos de la lluvia por la impermeabilidad de su vestimenta, no tienen siquiera en el brazo, como las mujeres de las que acabamos de hablar, una cesta donde están las provisiones del día; pero llevan en la mano, o esconden bajo su vestido o como puedan, el pedazo de pan que debe nutrirles hasta la hora de su regreso a casa.

“Así, a la fatiga de un día desmesuradamente largo, ya que tiene al menos 15 horas, se le unen a estos infelices las idas y venidas tan frecuentes, tan penosas. Resulta que por la noche llegan a sus casas agobiados por el sueño, y que mañana salen antes de estar completamente descansados para llegar al taller a la hora de apertura”

Aquí están ahora los antros donde se amontonaban quienes se alojan en la ciudad:

“ Vi en Mulhouse, en Dornach y en las casas vecinas, unas miserables viviendas donde dos familias se acostaban cada una en una esquina, sobre la paja tirada en el suelo y sujeta por dos tablas... Esta miseria en la que viven los obreros de la industria del algodón en el departamento del Alto Rhin es tan profunda que produce este triste resultado que, mientras que en las familias de los fabricantes, negociantes, pañeros, directores de fábricas, la mitad de los niños alcanza los 21 años, esta misma mitad deja de existir antes de los 2 años en las familias de tejedores y obreros de las hilanderías de algodón.”

Hablando del trabajo de la fábrica, Villermé añade:

“Allí eso no es un trabajo, una labor; es una tortura y se le inflinge a los niños de 6 a 8 años. [...] Este es el largo suplicio de todos los días que mina principalmente a los obreros en las hilanderías de algodón.”

Y, a propósito de la duración del trabajo, Villermé observaba que los [presidarios condenados a trabajos] forzados no trabajaban nada más que 10 horas, los esclavos de las Antillas 9 horas por término medio, mientras que existía en la Francia que había hecho en la Revolución del 89, que había proclamado los pomposos Derechos del Hombre, unas fábricas donde la jornada era de 16 horas, en las cuales se concedía a los obreros una hora y media para las comidas.

¡Oh miserable aborto de los principios revolucionarios de la burguesía! ¡Oh lúgubre regalo de su dios Progreso! Los filántropos proclaman benefactores de la humanidad a quienes, para enriquecerse holgazaneando, dando el trabajo a los pobres; más valdría esparcir la peste, envenenar las fuentes, antes que erigir una fábrica en medio de una población rústica. Introducid el trabajo de fábrica, y adiós juego, salud, libertad; adiós todo lo que hace la vida bella y digna de ser vivida.

Y los economistas siguen repitiendo a los obreros: ¡Trabajad para aumentar la fortuna social! Y sin embargo un economista, Destut de Tracy, les responde:

“Las naciones pobres es allí donde la gente está cómoda; las naciones ricas, allí donde se es generalmente pobre”

Y su discípulo Cherbuliez continúa:

“Los mismos trabajadores, cooperando en la acumulación de los capitales productivos, contribuyen al acontecimiento que, tarde o temprano, debe privarles de una parte de su salario”

Pero, atontados e idiotizados por sus propios alaridos, los economistas responden: ¡Trabajad, trabajad siempre para crear vuestro bienestar! Y, en nombre de la mansedumbre cristiana, un sacerdote de la Iglesia Anglicana, el reverendo Townshend, salmodia: *“Trabajad, trabajad noche y día; trabajando, haréis crecer vuestra miseria, y vuestra miseria nos dispensa de imponeros el trabajo por la fuerza de la ley. La imposición legal del trabajo da demasiada pena, exige demasiada violencia y hace demasiado ruido; el hambre, por el contrario, no es más que una presión apacible, silenciosa, incesante, pero como móvil más natural del trabajo y la industria, provoca también los esfuerzos más poderosos.”*

Trabajad, trabajad, proletarios, para acrecentar la fortuna social y vuestras miserias individuales; trabajad, trabajad, para que, haciéndoos más pobres, tengáis más razones para trabajar y ser miserables. Tal es la ley inexorable de la producción capitalista. Porque, prestando oídos a las falaces palabras de los economistas, los proletarios se han librado en cuerpo y alma del vicio del trabajo, ellos precipitan la sociedad entera en estas crisis industriales de superproducción que convulsionan el organismo social. Entonces, porque hay exceso de vendedores y falta de compradores, las fábricas se cierran y el hambre azota las poblaciones obreras con su látigo de mil correas. Los proletarios, embrutecidos por el dogma del trabajo, no comprenden que el sobretrabajo que han sufrido durante los tiempos de pretendida prosperidad es la causa de su miseria presente, en lugar de correr al granero a por trigo y gritar: “Tenemos hambre y queremos comer!... Ciertamente, nosotros no tenemos un céntimo, pero con todo lo pordioseros que somos, sin embargo hemos segado el trigo y vendimiado la uva...” En lugar de asediar las tiendas de M. Bonnet, de Jujurieux, el inventor de los conventos industriales, y de gritar: “Monsieur Bonnet, he aquí vuestras obreras *ovalistes*, moledoras, hilanderas,

tejedoras, ellas tiritan bajo sus cotonadas remendadas hasta apenar el ojo de un judío y, sin embargo, son ellas las que han hilado y tejido los vestidos de seda de las mujeres de la toda la Cristiandad. Las pobres, trabajando trece horas al día, no tenían tiempo de pensar en el aseo, ahora, ellas están en paro y pueden hacer frufrú con las sedas que trabajaron. Desde que ellas perdieron sus dientes de leche, han estado sacrificadas a vuestra fortuna y han vivido en la abstinencia; ahora, ellas tienen entretenimientos y quieren disfrutar un poco de los frutos de su trabajo. Vamos, Monsieur Bonnet, entregue sus sedas, M. Harmel proporcionará sus muselinas, M. Pouyer-Quertier sus *calicots*, M. Pinet sus botines para sus queridos piecitos fríos y húmedos... Vestidas de los pies a la cabeza y apuestas, le complacerán al contemplarles. Vamos, nada de tergiversaciones –¿no es usted el amigo de la humanidad y, para colmo, cristiano?- Ponga a disposición de sus obreras la fortuna que ellas le han construido con la carne de su carne. ¿Es usted amigo del comercio? Facilite la circulación de mercancías; he aquí consumidores fáciles; ábrales los créditos ilimitados. Usted